

www.elboomeran.com

Adam Soboczynski

El libro
de los vicios

Traducción de Francesc Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Glänzende Zeiten
Aufbau
Berlín, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Jordi Labanda

Primera edición: junio 2013

© De la traducción, Francesc Rovira, 2013

© Adam Soboczynski, 2010

Published by arrangement with Literary Agency Michael Gaeb

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7869-1

Depósito Legal: B. 10871-2013

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

8. FUMAR

El número de establecimientos en los que todavía se permite beber y fumar, a los que me gusta ir de vez en cuando, se ha reducido a unos pocos. Desde luego, hay bares en los que se puede sólo beber y que están bastante concurridos, pero ya no pongo el pie en ellos por culpa de los clientes que los frecuentan, ya que, como todo el mundo sabe, son aburridos y mediocres hasta la saciedad. Además, los niños, a los que últimamente los padres llevan a todas partes y que por puro aburrimiento se dedican a armar escándalo, estropean el ambiente. Nadie osaría jamás intentar una aproximación a una mujer en presencia de niños, ya que son unos seres inocentes, y miran raro, y con curiosidad, y vienen y te dan un golpecito. A menudo he pensado que los padres que van a los cafés y bares con los hijos los llevan sólo para evitar que las demás personas se acerquen fumando unas a otras, ya que ellos, una vez extinguida la pasión, les envidian que, estando sin descendencia, se acerquen en efecto unas a otras, de modo que se dedican a convertir los bares, que antaño habían sido siempre lugares de secretos oscuros, ligoteos obscenos y frivolidades desatinadas, en parques infantiles.

Así es: hoy en día, los hijos se llevan a todos lados. Y no, como todo el mundo sabe, porque los padres se vean obligados a ello por falta de canguros, sino porque los niños, a los que sólo podemos compadecer, deben ser exhibidos con orgullo, como trofeos de la población sana que con su sola presencia acusan al mero paseante sin descendencia de ser un parásito estéril de la sociedad. Hoy las madres y los padres empujan con toda laboriosidad y falta de cuidado sus cochecitos en el tranvía, ralentizando así la gran ciudad y deserotizándola con los gritos de sus vástagos, que muestran con todo descaro a diestro y siniestro y que no pueden hacer nada para evitar verse sometidos a tanta exhibición, presentación y ostentación.

Dado que escasean tanto los bares en los que todavía se permite beber y además fumar, en ellos se suele hablar justamente sobre el placer que representa que todavía queden bares en los que se permite beber y además fumar, ya que a nadie se le escapa que dentro de poco seremos privados también de este placer. Pues a la gente no le basta que queden ya contadísimos bares en los que se permite beber y además fumar, ¡ni hablar, hay que hacerlos desaparecer todos! La mejor solución es siempre el juicio sumario.

Así, también el amigo que se dedica con éxito a algo relacionado con la cultura y yo, tras habernos terminado en mi casa un par de botellas de vino malo del sur de Francia, charlábamos a altas horas de la noche, en un bar en el que todavía se permitía beber y además fumar, sobre el placer que representaba haber encontrado un bar en el que todavía se permitía beber y además fumar.

Aunque tenía el vago recuerdo de haberle explicado ya aquella anécdota al menos una vez, le conté que hacía unos años, al volver después de una estancia de estudios de un par de semestres en Estados Unidos que recordaba como

horrorosa y encima completamente innecesaria, me había comprado en el aeropuerto una botella de cerveza, me había montado en el tren interurbano, que había partido desde un ala subterránea de la estación, me había sentado en un compartimento de fumadores, me había encendido un cigarrillo y al cabo de un rato, aturdido por el *jet lag*, me había encontrado contemplando un paisaje plácido salpicado de suaves colinas. El hecho de poder estar sentado en el tren, proseguí, con una botella de cerveza y un cigarrillo en la mano, sin que los demás pasajeros me miraran al instante como a un tipo detestable, sino, al contrario, como a alguien perfectamente normal y civilizado, me había parecido profundamente humano, algo que había echado mucho de menos en el país del que por fin había escapado. Hoy, en cambio, añadí, no se me pasaría jamás por la cabeza entrar en el compartimento con una botella de cerveza, pues todo el mundo me miraría al instante como a un tipo detestable.

En los Estados Unidos, añadí cuando por fin —estábamos sentados en la barra— una muchacha nos hubo servido con cierta torpeza un par de cervezas, nunca había llegado a comprender que los parques se cerraran a las siete de la tarde, que en los bares no se permitiera fumar, que no se pudiera beber en la calle, que hubiera que acreditar la mayoría de edad para entrar en cualquier local, que estuviera mal visto ir a los sitios a pie, que no hubiera, por consiguiente, ninguna cultura urbana del paseante, que las ciudades alejadas entre sí no estuvieran unidas por el tren, que los carteles de las contadas playas públicas dictaran prohibiciones inconcebibles: prohibido hacer fuego, prohibido llevar botellas de vidrio, prohibido vestir inadecuadamente, prohibido holgazanear (*loitering*) y, naturalmente, también allí, ¡prohibido fumar y prohibido beber!

No hace muchos años, dije mientras pedíamos, creo, la

segunda cerveza, Europa todavía se diferenciaba de los Estados Unidos por no temer al individuo con sus vicios y adicciones, por mostrarse magnánima con nuestras flaquezas y debilidades, por asumir el hecho de que, en general, el comportamiento cotidiano de las personas adultas se regula solo.

¿De dónde sale esa desconfianza exacerbada que desde hace un tiempo nos asola también a nosotros?, le pregunté al amigo. Y me respondí al momento: de que los políticos han comprendido que pueden seducir a las mayorías combatiendo comportamientos tan premodernos como el fumar o el beber con el terror de la virtud. El Estado, añadí, viendo con impotencia cómo su poder disminuye con la globalización, se erige en guardián de las costumbres. Espera recibir el aplauso apelando a los más bajos instintos del pueblo; en este ámbito, conserva intacta su capacidad.

Las destartaladas tabernas proletarias que los advenedizos del sur de Alemania que viven en Prenzlauer Berg contemplan con recelo como los últimos reductos de disturbios y borracheras, le dije al amigo, no hace falta prohibirlas. Basta con no dejar fumar; de este modo se combaten las costumbres de la clase social que se consuela en el aguardiente. A la gente no le gusta que esa chusma holgazana que no hace más que pulirse el dinero de sus impuestos se permita diversiones a las que ellos mismos renuncian para presentarse a la mañana siguiente en el estudio de arquitectura bien dormidos y recién afeitados. Igual que no les gusta que los que no tienen descendencia se dediquen a buscar aventuras en los bares y cafés y no consideren la admiración de la felicidad familiar ajena en su tiempo libre el colmo de la diversión. Todo, sí, hay que ser taxativo, dije, absolutamente todo lo que hoy en día se pregona como deseable en nombre de la salud pública y el medio ambien-

te fomenta el resentimiento y la opresión de la minoría por parte de la mayoría. Hace poco me contaron que Suecia, si no recuerdo mal, quiere proponer la prohibición de la prostitución en todo el ámbito europeo. Es espantoso.

Según he leído, continué, en algunos estados alemanes ya se prohíbe la venta de alcohol en las gasolineras, las terrazas de bares y restaurantes a media tarde y fumar incluso al aire libre, por ejemplo en el parque infantil, lo que, aventuré, supongo que presenta la ventaja de que es muy probable que la madre de clase baja bronceada con rayos UVA se mantenga alejada de ellos con sus obesos hijos e hijas. Igual que al padre intelectual de familia monoparental y fumador empedernido ahora le toca salir al balcón. Al fin y al cabo, la mujer de clase baja y el intelectual comparten los vicios. La mirada se dirige hacia los gordos, que se quieren delgados, hacia los ineficientes, que se quieren eficientes, hacia los que leen libros, a quienes se desea un trabajo útil. Hoy el portero ineficiente se desprecia con tanta vehemencia como el lector solitario, cuya placentera ociosidad es vista por los ajetreados como una afrenta.

Y son particularmente infames, le dije al amigo, las innumerables estadísticas que se leen en los periódicos o en Internet sobre los perjuicios que ocasiona el tabaco a la economía nacional. Por ejemplo, que las pausas para fumar que se arrebatan al horario laboral suponen unas pérdidas de tantos centenares de millones. Por la misma razón, añadí, habría que actuar contra todas las secretarías que cada hora se retocan el maquillaje, con lo que interrumpen también su trabajo, contra los funcionarios ministeriales que padecen incontinencia y contra los médicos que se hurgan demasiado a menudo la nariz, contra todos los que escriben en secreto correos electrónicos privados y contra los soñadores que miran demasiado por la ventana..., ¡en fin, contra

todo el mundo! Ese «contra todo el mundo» sonó un poco demasiado alto; la camarera puso ojos de exasperación, el amigo me dio unos golpecitos en el hombro con aire jocoso y me señaló con gesto amable pero decidido la puerta. Cuando salimos de nuevo a la calle, que aparecía ya bañada por la amonestadora luz del crepúsculo, me desperecé con un bostezo y afirmé que, en definitiva, todo no fumador no era sino un obeso más al que pronto también se perseguiría.